

de cautivarse las voluntades de sus gobernados. Mas duraron muy poco las mútuas simpatías. Eran demasiado profundas las llagas que las luchas pasadas, que la actual desconfianza habian hecho en los ánimos de la generalidad para que se curasen con simples apariencias. Comenzó en medio mismo de los regocijos y felicitaciones públicas, á levantarse una sorda tempestad, que iba á estallar del modo mas violento. Acusaban los hombres previsores de imprudencia á don Juan de Austria, de haberse echado sin tropas y como sin defensa en brazos de un pueblo de sentimientos equívocos, y que cualquiera que fuese el amor que le manifestaban, nadie podia dudar de sus verdaderos sentimientos relativos á la dominacion del rey de España. Estaba el pais en su generalidad emancipado de hecho de aquel monarca, que tenia para ellos todo el carácter de extranjero, y no habia mas medios de contenerle en la obediencia que los de la fuerza, dado caso que fuesen suficientes. Se hallaba don Juan aislado, sin castillos, sin plazas fuertes á su devocion, sin tropas seguras en quienes podia fiarse en caso de alguna desagradable contingencia. Esparcian por su parte los grandes del pais, enemigos de los españoles, rumores siniestros sobre el carácter y persona de don Juan, y sobre la mision de que estaba revestido. Decian que las tropas extranjeras permanecian muy próximas á la frontera, esparcidas en diversos puntos, prontas á entrar en el pais cuando fuese necesario; que parte de ellas habian ido á continuar sus servicios contra los calvinistas de Francia, aliados naturales de los Países-Bajos; que eran los mismos los enemigos de unos y otros. Añadian que don Juan, antes de salir de España, habia prestado en manos del rey un juramento muy contrario al de observar las capitulaciones de Gante, y que como mas antiguo debia de serle mas obligatorio; que aquellas apariencias de afabilidad no eran mas que un velo con que se cubrian siniestras intenciones: que habian andado muy poco cautos los estados entregándole las riendas del gobierno, sin

pedir mas condiciones que la expulsion de las tropas extranjeras, cuando deberian exigir la restitution de los fueros y privilegios del pais, de que habian sido tan injustamente despojados.

No era el menos activo propalador de estas voces, en descrédito de don Juan de Austria, el príncipe de Orange, tan propenso siempre á hostilizar al rey, pues de otro modo no podia obrar en el sentido de sus intereses. Sus compromisos, sus circunstancias, el nuevo culto que profesaba, aun prescindiendo de los estímulos de la ambicion, todo le obligaba á continuar la guerra, á destruir para siempre la autoridad del rey en los Países-Bajos. De todos los gobernadores enviados de España debia de ser enemigo encarnizado. No podia ser excepcion de esta regla don Juan de Austria. Por mas que el espíritu de partido de los historiadores afée ó ensalce la conducta de cada uno de los dos partidos que estaban tan en pugna, es un hecho que la guerra autorizaba, por decirlo así, todos los medios de hostilidad de que uno y otro se valian. Debió de ser un grande pesar para el de Orange la presencia de don Juan en los Países-Bajos. Que hiciese todo lo posible porque los estados no le entregasen las riendas del pais parece muy natural; otra cosa, seria en él descuido grave. Tal vez propuso á los estados el que exigiesen por condicion que don Juan firmase las actas de la liga de Gante, esperando que el austriaco rehusase recibir la ley antes de darla. De todos modos, cuando le vió de hecho gobernador de Flandes, natural era que tratase de desvirtuarle, de deprimir su autoridad, de hacerle objeto de desconfianza y de sospecha. Por lo pronto no quiso tener con él la mas pequeña relacion política, ni obrar de modo que se creyese reconocer su autoridad; y cuando se le envió un mensaje de Bruselas para que las provincias de Holanda y Zelanda que reconocian su autoridad, se adhiriesen al edicto perpetuo, que unia á las demas, se negó á ello, alegando que siendo dichas dos provincias de distinta religion, no

podian convenir con las demas en el juramento de conservar la católica romana.

Produjeron estas artes y maquinaciones el efecto deseado. Vino poco á poco á menos el crédito de don Juan, hasta convertirse en odio lo que habia sido antes popularidad y confianza ciega en su persona. Corrieron por el pais copias de cartas de don Juan de Austria al rey de España, interceptadas en Francia, en que pedia dinero y auxilio de gente, pues de otro modo no podia conservar su autoridad en el pais, tan en pugna con las autoridades del rey de España. Dieron estos documentos nuevas armas á sus acusadores. Insistieron en que no se debia dar crédito alguno al juramento del edicto perpétuo, habiendo tantos casos en que se dispensan por bulas pontificias, aquellos que parecen contrarios á la autoridad de los reyes y al bien de la Iglesia.

Llegaron estos rumores á oídos de don Juan, quien no podia menos de advertir el cambio de los ánimos. Tambien recibió avisos anónimos de que estaba en Bruselas su persona amenazada por mas de un asesino. Sea que esto fuese cierto, sea que lo creyese así don Juan, ó que le sirviese de pretexto para sus planes ulteriores, tomó la resolucion de salirse de Bruselas con pretexto de recibir á la princesa Margarita de Valois, que iba á tomar las aguas de Spá, pero con el objeto verdadero de hacerse con un punto fuerte, desde donde pudiese emprender la guerra contra los estados si llegaba el caso. Pasó á Malinas, donde arregló algunas disensiones sobre pagas de tropas alemanas, y no dándose por seguro en esta plaza, se trasladó á Namur, en cuyo castillo habia puesto ya sus miras. Estando un dia de caza y á vista de esta fortaleza, la alabó muchísimo como hombre que hasta entonces no habia hecho alto en su gran mérito, y esto dió motivo á que los hijos del gobernador de la provincia que le acompañaban le brindasen para que entrase á verla si gustaba. No se hizo de rogar don Juan, y luego que se vió dentro de la fortaleza, se declaró dueño de ella

que siendo duques de provincias de Bélgica, en
 33

en virtud de autoridad del rey, guarneciéndola con tropas de su devocion, declarando al mismo tiempo que era el primer dia de su gobierno real y verdadero en Flandes.

Se dividirán siempre los historiadores sobre el verdadero carácter de este paso tan violento. Le atribuirán unos á la enemistad de que era objeto don Juan de Austria, á los peligros graves que le amenazaban, á las traiciones que le designaban como victima, mientras los contrarios sostendrán que todo esto no fué mas que un sueño, una invencion, un pretexto para arrojar la máscara y declararse opresor del pais, el que antes se consideraba como el primero de sus magistrados. No hay duda de que una conducta tan extraña dá lugar á diversas conjeturas. Si don Juan obró por precaucion en derecho de su legitima defensa, por ejercer dignamente una autoridad que se hallaba despreciada, preciso es confesar que habia cometido una grandísima imprudencia al entregarse desarmado en brazos de sus enemigos. Si no habia tales temores, si fué en él un rasgo de astucia y mala fé, no puede presentarse esta conducta con otro carácter que el de muy mezquina. De todos modos, fué la violenta ocupacion del castillo de Namur principio de una nueva guerra. Escribió don Juan de Austria desde el castillo de Namur á los estados de Bruselas, manifestándoles que su extraña resolucion de abandonar la capital, habia sido motivada por las asechanzas de que se veia blanco su persona, enviándoles al mismo tiempo copia de las cartas en que se le daba parte de las tramas de los conspiradores que atentaban á su vida. Al mismo tiempo les decia que desde aquel momento iba á ser gobernador de los Países-Bajos, con el decoro y la dignidad que convenia á su persona, no queriendo ser mas tiempo victima de consideraciones y del carácter indulgente que hasta entonces habia desplegado. Hicieron estas cartas diversas impresiones, alegrándose los unos de que don Juan les diera pretexto de una guerra en que sin duda llevarian lo mejor, hallándose como indefenso; mas otros

tomaron de ello pesadumbre, porque no se les acusase de ser los autores de esta nueva lucha. Contestaron los estados á don Juan, manifestándole las graves consecuencias que iba á producir aquel paso tan extraordinario de su parte, rogándole que se restituyese cuanto antes á Bruselas, donde seguramente no corrían riesgo ni su autoridad ni su persona; mas se mantuvo el de Austria firme en su resolución, y le dijo que permanecería en Namur, mientras no echasen de Bruselas á todos los traidores y á los que atentaban contra su persona; mientras no cortasen sus comunicaciones con el príncipe de Orange, ó no le obligasen á firmar las estipulaciones ajustadas por las demas provincias en el edicto perpétuo que se había promulgado.

Mientras tanto intentaba don Juan de Austria apoderarse del castillo de Amberes, como lo había hecho de la fortaleza de Namur. Mas habiéndose descubierto el plan, echaron del castillo á todos los de su parcialidad, y desde entonces quedó esta fortaleza bajo la inmediata autoridad de los estados.

Crecieron con esto la animosidad y las acriminaciones que se hacían mutuamente don Juan de Austria y los estados. Se acusaba al primero de buscar pretextos para hostilizar al país, para repetir en él las escenas de crueldad que había promovido el duque de Alba, inventando conspiraciones y tramas contra su persona, imaginarias todas, mientras don Juan de Austria se quejaba ágríamente de la ingratitude con que se pagaban sus servicios hechos al país, y de lo expuesto que estaba su persona, en medio de tantos como atentaban á su vida.

De qué parte se hallaban la sinceridad y la falsía, es un punto histórico de difícil averiguación. Es probable que ninguna de ambas partes procediese de buena fé, y que generalmente se deseaba un nuevo conflicto entre el país y la autoridad del rey de España. La parte que tuvo éste en el paso dado por don Juan, tampoco se sabe á punto fijo; mas el gobernador le dió noticia de las

ocurrencias por medio del secretario Escobedo, á quien envió á toda prisa, á fin de recibir sus instrucciones. Por aquel tiempo el nuncio del Pontífice que había llegado á los Países-Bajos, con objeto de activar la expedición de don Juan de Austria á Inglaterra, al ver que el estado de las cosas diferiría su marcha, trató de calmar la animosidad de unos y otros, y á este fin trabajó en Bruselas, porque se sometiesen de nuevo á la autoridad. Mas los estados, aunque recibieron al nuncio con todas las muestras de consideración y de respeto, estuvieron tan lejos de acceder á sus amonestaciones, que enviaron una embajada al príncipe de Orange, invistiéndole con el carácter y autoridad de conservador del país ó de Ruvarte, resucitando así una magistratura, que de muy antiguo existía en los Países-Bajos, y que estaba en desuso hacia mas de siglo y medio.

Ofendió nuevamente á don Juan este paso tan hostil de los estados. Mientras tanto le respondió el rey de España diciéndole, que atendiese antes de todo á la defensa de la autoridad real y de la religion católica, y que los estados expeliesen al príncipe de Orange, ó le obligasen á conformarse con los términos y estipulaciones del edicto perpétuo. Así se lo comunicó don Juan á los estados; mas éstos respondieron con la negativa.

Estaba la guerra declarada de hecho al rey de España. A la cabeza de los estados católicos se hallaba el príncipe de Orange, pretestante, enemigo irreconciliable del monarca. Casi todas las provincias seguían sus banderas, y en los sentimientos de la insurrección entraron las personas mas influyentes del país, incluso los eclesiásticos: unos por espíritu de independencia; otros por verdadera adhesión á los intereses del príncipe; otros por parecerles que era mas fuerte su parcialidad; algunos por no creer de buena fé á don Juan de Austria en esta circunstancia. Había parecido en efecto su paso de apoderarse del castillo de Namur, tan extraño y poco motivado, que se le atribuyó á un pretexto de nuevas hostilidades, y plan

de sujetar al país por la fuerza de las armas extranjeras.

Las probabilidades del resultado de la lid estaban por entonces contra don Juan de Austria. Todas las provincias reconocían la autoridad de los estados, á escepcion de las de Namur y Luxemburgo, que seguían las banderas del austriaco. A solos cuatro mil ascendían las tropas que pudo allegar éste, formadas de alemanes que habían quedado en el país, y de españoles y borgoñeses que se hallaban sirviendo en Francia á la sazón, mientras se componía de quince mil el ejército de los estados, es decir, del príncipe de Orange.

Sea por aumentar mas su popularidad, ó por que teniendo fija su atención en las provincias de Holanda y Zelanda, tratase de debilitar el resto del país, mandó el príncipe de Orange que se demoliese la parte del castillo de Amberes que miraba y amenazaba á la ciudad, y ninguna providencia podía ser mas popular en aquellas circunstancias. Fué aquella destruccion obra de un instante; pues en ella se ocuparon indistintamente todas las clases de los ciudadanos, hombres, mujeres, niños, hasta las damas mas principales concurrieron entusiasmadas á un derribo en que cifraba la ciudad su libertad é independencia. Pero lo que mas contribuyó á excitar el regocijo popular, fué la vista de la estatua del duque de Alba, que encontraron casualmente en una habitacion privada del castillo. Dificil es describir el ardor y el entusiasmo con que fué sacada de aquella oscuridad, golpeada, pisoteada, arrastrada por las calles, como si quisiesen deshogar en la figura de quien era imagen, todo el odio que en Flandes se le profesaba. Asi como la estatua había sido construida con cañones cogidos por el duque en el campo de batalla, del mismo modo se la fundió ahora, convirtiéndola en los mismos objetos de destruccion, de que se iban á servir los flamencos contra sus contrarios. El mismo ejemplo de la demolicion del interior del castillo de Amberes, fué seguido en las plazas de Utrecht, Gante, Lila y Valenciennes.

Mientras de una y otra parte se hacían preparativos de guerra, fermentaban en Bruselas rivalidades y odios contra el príncipe de Orange. O porque se arrepintiesen de estar bajo la autoridad de un hombre que les era tan superior en habilidad y en genio, ó porque creyesen que se habían hecho demasiado odiosos al rey de España obedeciendo á un hombre tan enemigo de su persona como de su fé, trataron los estados de darse un nuevo gobernante. Opinaban unos por la reina de Inglaterra: pretendían otros que se llamase al duque de Anjou, hermano del rey de Francia: se inclinaban otros al archiduque Matías, hermano del emperador Rodolfo. Fué desechada la opinion que quería á la reina de Inglaterra, por ser ésta una persona extraña que no podía residir en Flandes; tampoco se quiso al duque de Anjou, por sus conexiones y su carácter, que pasaba por ligero; la pluralidad, pues, se decidió por el archiduque, y con este fin le enviaron embajadores secretos para ofrecerle en nombre de los estados el gobierno de los Países-Bajos. Accedió el príncipe á la invitacion, y con todo secreto dejó la corte de su hermano. Se mostró éste ofendido é indignado con la conducta del príncipe; mas algunos le suponen instruido de la negociacion, y que afectó este disgusto para no parecer que trabajaba para incluir á los Países-Bajos en las posesiones de la casa de Austria en Alemania. En esta connivencia creyó á lo menos don Juan de Austria, y así se lo escribió á Alejandro Farnesio, que se hallaba entonces en camino para los Países-Bajos. Parece esto lo mas verosímil, pues otra cosa, hubiese sido en el archiduque un acto de desobediencia, ó por mejor decir de rebeldía.

Llegó Matías á Bruselas, donde fué recibido con magnificencia y toda clase de festejos. Los estados le revistieron con una autoridad que no merecía el nombre de suprema por las muchas condiciones que se le impusieron, llegando á treinta y uno los artículos del tratado presentado por los del país y firmado por entrambas